

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

**TOMÁS SÁNCHEZ
SALINERO**



ea ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
DE BIENES CULTURALES
DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

AROA MARÍN LÓPEZ

@im_psique



Yaiza, crónica de un olvido

Se detuvo el viajero para hacer un descanso. Al entrar en el bar, una niña le dijo algo que no entendió muy bien, pero él le contestó con un «¡hola, bonita!» mientras pasaba la mano por el flequillo que dejaban libre sus dos coletas. Ella le siguió con la vista y, con una gran sonrisa, continuó observándolo arrodillada en una silla y semitumbada sobre la mesa.

Pidió el hombre una cerveza y fue a sentarse en una mesita redonda con dos taburetes alrededor. Todo ello mirando de reojo a la niña, que persistía en su simpática y descarada actitud.

Ahora la pequeña zarandeaba fuertemente el pantalón de quien el viajero creyó su padre. Era un hombre relativamente alto. Situada entre las piernas del padre, volvió a sonreír al recién llegado. Este acompañó un gesto de la cabeza con un guiño que la niña claramente percibió.

Estimulada por aquella actitud, la chiquilla decidió aproximarse al viajero desoyendo los varios «ven aquí, Yayi!» de su padre.

Con un ligero movimiento de la mano, el hombre tranquilizó al padre y a continuación animó a la niña para que se acercase. Esta se agarró al taburete que quedaba vacío y, con una sonrisa entre preocupada y angelical, le dijo:

—¡Súbeme al banco, que me duele el cuello!

—Pues no se puede consentir que una preciosa princesa como tú esté malita —dijo el viajero mientras colocaba el frágil cuerpecillo de su interlocutora sobre el taburete.

—¡Allá tú, pero te la va a cortar parda! —se oyó decir al padre en la distancia mientras retiraba momentáneamente la vista del móvil.

—Es que dice mi papá que hablo mucho, ¡que hablo mucho, mucho, mucho! ¿A ti qué te parece?, ¿eh, eh!? ¿Hablo mucho o no hablo mucho? —preguntó con marcada exigencia la niña mientras que, con un impostado gesto de enfado, bajaba los brazos cruzados en un rápido y resolutivo movimiento.

El viajero comprendió que se acababa de meter en un terreno complicado, pero que sería divertido dar continuidad a tan especial parlanchina.

—¿Y se puede saber por qué te duele el cuello? —quiso saber el hombre.

—¿Pero es que no te fijas? —siguió la niña con grandes aspavientos de manos—. La culpa es de mi papá que es muy alto y, como yo soy bajita, tengo que estar siempre mirando por arriba.

—Bueno, es que ahora eres pequeña, pero ya crecerás.

—¡No, no! —protestó la niña—. Soy bajita, pero yo ya soy mayor porque, ¡fíjate!, ya tengo más de cuatro años —dijo acompañando sus palabras con cuatro dedos extendidos en su mano derecha, a la par que con la izquierda flexionaba y ocultaba el pulgar.

—¡Huy, perdona! Es que las personas mayores, a veces, no nos fijamos bien —observó el viajero.

La niña continuó:

—Pues tienes que fijarte, porque dice mamá que si no pones atención... te puede pi-

llar un coche... ¡O te chocas contra una farola, ja, ja, ja! —rió divertida—. Yo nunca me he chocado, ni me han pillado. Bueno, sí. Una vez iba corriendo y me di con una puerta que estaba medio cerrada, y fue cuando mamá me dijo que tenía que fijarme. Me acuerdo que me salió un huevo en la frente, ¡ja!

—Ya te dije que era peligrosa —sentenció el padre desde la mesa sin, ni siquiera, levantar la vista.

—No te preocupes —respondió el viajero—. Es una conversación muy interesante. Estoy aprendiendo mucho.

Tras esto, la niña argumentó:

—Pues tenías que ser tú el que me enseñase cosas a mí, porque eres mayor y sabes más que yo.

Algo dudoso, y previendo alguna complicada ocurrencia infantil, el hombre preguntó a la pequeña:

—¿Qué te gustaría saber?

—Pues... pues... ¡por qué los ángeles están todo el rato en el cielo y no vienen a ayudarnos a subir las cuestas? —espetó la niña.

—No creas —matizó el hombre, algo descolocado y dubitativo—. A veces los ángeles se disfrazan de personas mayores y, en ocasiones, de niño o niña, para ayudarnos.

—¡Hala, hala! ¿Entonces yo podría ser un ángel sin darme cuenta?

—Pues... a lo mejor.

—¿Y por qué no tengo alas? —preguntó la criatura.

—Porque los ángeles, cuando bajan a la tierra, pierden las alas y...

La pequeña interrumpió:

—¡Ah, ya! ¿Como las hormigas?

—Pues sí, algo parecido. Aunque a los ángeles les vuelven a salir las alas cuando quieren ir al cielo a llevar noticias —comentó el viajero.

—¡Ja, ja! Ya sé. Van a contarle las cosas al presidente de los ángeles que es el que manda en todos ellos, ¿a que sí, a que sí? —dijo mientras daba unas palmaditas.

No le dio tiempo al viajero a sujetar aquel cuerpecillo que, cual lagartija, descendió del taburete y corrió junto a su padre para contarle:

—Dice mi amigo que yo puedo ser un ángel y que, a lo mejor, me salen alas. Mira a ver si tengo bultitos en la espalda. ¡Mira, mira! —rogó.

—¡Pero hija, tú, como mucho, eres un diablillo juguetón! —comentó el padre.

Volvió la niña corriendo al taburete, balanceando rítmicamente sus rubias coletas y dando grandes zancadas y pisotones en su carrera. El hombre la ayudó a subir, nuevamente, atendiendo a los explícitos gestos de sus manitas.

—Dice papá que soy un diablillo, ja!

—¡Bah, es broma! —aclaró el viajero y siguió—. Los diablillos son oscuros y tú eres muy blanquita.

—Pues... entonces... ¿los niños negros son diablitos? —dijo pensativa.

—Te lo dije... —se oyó decir al padre en la distancia.

El dilema estaba servido. La infantil lógica de la pequeña estaba poniendo en apuros la

imaginación del viajero que, tiempo atrás, fue maestro de niños para los que elaboraba algunos cuentos didácticos.

Mientras componía sus ideas se acercó a la barra y se trajo una cerveza a la mesa.

—Dice mamá que no hay que beber cerveza porque te pones tonto —observó la niña con aires de suficiencia mientras miraba al viajero inquisitorialmente.

—Bueno..., pero las personas mayores podemos tomar alguna, aunque con precaución.

—¿Y eso, qué es?

—¿Qué es qué? —preguntó el viajero.

—¿¡Precaución! —y continuó—. ¿Se come?

—¡No, pequeña! Precaución quiere decir «con cuidado». Hay que beber pocas cervezas, porque, como dice mamá, te puedes poner algo tonto. Los niños no pueden tomarla jamás.

—Mamá dice que yo solo tengo que beber agüita de la fuente. Pero a mí me gusta la de las botellas pequeñas. ¡Oye, papi, quiero agua! —hizo saber la niña repentinamente.

Por unos instantes, el viajero creyó desprenderse de la difícil temática que había flotado en el ambiente momentos antes. Pero...

—¿Y si lavamos a los niños negros..., dejan de ser diablitos?

—Bueno... verás... no es exactamente así. Los niños negros no son diablitos. Te contaré un cuento para que lo entiendas.

—¡Papáaaa... mi amigo me va a contar un cuento! —gritó entusiasmada la niña.

Llegó el padre a la mesa con una botellita de agua para la pequeña y dijo con cierta sorna:

—Que Dios reparta suerte, amigo...

—Vamos allá... Verás pequeña:

—En la sierra había una laguna que...

—¡Ah, no! Los cuentos siempre empiezan con «Érase una vez...» —protestó la niña.

—Bueeno. Pues... Érase una vez una montaña muy, muy grande. De la montaña bajaba un arroyo que caía a una laguna por una cascada muy alta y brillante —narró el viajero.

—¡Ja! Me gustan las cascadas —interrumpió la pequeña.

—Bueno, pues la laguna era conocida por los montañeros como «la laguna de las truchas negras».

—Pues papá tiene un amigo que nos regala truchas y son blancas con pintitas rojas.

—Ya, pero estas eran especiales —aclaró el viajero y continuó—. No todas las truchas que había en la laguna eran negras.

—¿Y entonces..., por qué la llamaban la laguna de las truchas negras? —preguntó algo confusa.

—Pues las había negras, blancas y doradas, pero las que más llamaban la atención eran las negras porque había muchísimas. Tú ya me has dicho que las que es regala nuestro amigo son blancas.

—¡Siii... con pintitas rojas y están ricas, ricas! —recalcó la pequeña colocando la cara entre sus manos mientras balanceaba sus piernas enfundadas en impolutas medias blancas.

Continuó el maestro:



Quedó sumido en un relativo desánimo el profesor, viajero y contador de cuentos, por no haber cumplido su palabra

—La cascada se podía atravesar por un puente. La gente decía que estaba vigilado por un extraño personaje que aparecía en ciertas ocasiones.

—¿Tú le has visto alguna vez? ¿Cómo es? —preguntó curiosa.

—Pues sí, una vez. Yo creo que sólo lo pueden ver las personas que quieren escribir historias y cuentos para niños.

—¿Y cómo es? ¿Cómo es? ¿Y qué te dijo? ¿Y por qué apareció? ¿Y cómo se llama? —exigió nerviosa.

—Pues cuando yo lo vi era un señor mayor, con pelo gris muy largo y barba blanca, también muy larga. Llevaba una túnica blanca con una parte roja y otra azul.

—¡Ja, ja! —Pues entonces era del Atlético de Madrid, como papá.

—Pues... no sé, no me lo dijo. Tampoco me dijo su nombre. Yo le llamé «el hombre que no hacía ruido al andar», porque no se oían sus pisadas.

—¿Qué raro! —observó la pequeña y siguió—. ¿Qué te contó, eh?

—Pues me explicó el secreto de la laguna de las truchas negras...

—¿Y cuál era? —preguntó inquieta abriendo mucho los ojos.

El viajero continuó:

—Todas las truchas de la laguna son igual de importantes. Las negras son historias que nadie ha contado jamás y las blancas son historias, o cuentos, que han sido olvidados por las personas. Cuando alguien recuerda un cuento antiguo, una trucha blanca se coloca debajo de la cascada y cambia su color blanco por el dorado. Pero cuando alguien inventa un cuento nuevo, es una trucha negra la que entra debajo de la cascada y se pone dorada. Como ves, da igual ser blanco o negro. Todos tienen la misma importancia. Y, al fin y al cabo, cuando nos conocemos, todos somos iguales. El alma de cada persona siempre es dorada, como los cuentos, sin importar el color de la piel.

—Y, entonces..., ¿con este cuento, qué trucha ha cambiado de color? —quiso saber la pequeña curiosa.

—Me temo que una negra —explicó el hombre.

Tras muchas y arduas conjeturas en las que, momentáneamente, quedó claro que los niños negros no son diablos, terminó la conversación cuando el padre interrumpió explicando que «mamá ya ha terminado de comprar y viene a recogerlos».

Puesta la pequeña en el suelo, agarró la mano de su padre y se dirigió hacia la puerta.

Inesperadamente la niña se volvió y corrió hacia el viajero. No fueron pocos los besos que la simpática niña dejó en la cara de su nuevo amigo mientras este la levantaba y abrazaba con contenida emoción. Ahora fue el contador de cuentos quien, llevando a la niña de la mano, la dejó en el asiento trasero del coche en el que ya esperaba su madre. La pequeña era un volcán de frases y palabras atropelladas, entremezclando «truchas, negro, anciano, cascada...», etc.» para explicar todo a su mamá mientras su padre la aseguraba en su sillita de viaje. La madre bajó el cristal para facilitar la despedida. Ahí fue cuando la niña aclaró al hombre que, aunque todo el mundo la llamaba «Yayi», en realidad, su nombre era Yaiza y vivía en un pueblo que se llama Burgohondo y que está «¡palá, por una carretera que está llena de curvas y yo no me mareo, ja, ja!».

Tras despedirse, mientras el coche se alejaba y la distancia iba amortiguando los parlamentos de la niña, un extraordinario recuerdo vino a la mente del viajero que, casi tres años atrás, había prometido a la madre de una chiquilla, también llamada Yaiza, dedicarle un relato. En su momento, el hombre conoció, por boca de la madre, la curiosa historia de la niña, que había nacido con «displasia de cadera» y tuvo que soportar incómodos arneses y escayolas desde su nacimiento. Enormes fueron los desvelos y angustias de sus padres, pero tuvieron la recompensa de un angelical comportamiento por parte de la niña que, según se vio, fue tremendamente precoz a la hora de hablar.

Quedó sumido en un relativo desánimo el profesor, viajero y contador de cuentos, por no haber cumplido su palabra, pero la idea de una trucha negra cambiando de color lo reconfortó. Y fue especial haber visto a la pequeña correr como un «diablillo», constatando la total superación de aquella, ya olvidada, displasia. No cabía duda, era ella.

Nunca se sabrá si el viajero escribió el relato para Yaiza... o, tal vez, sí. ¡Vaya usted a saber!

Lentamente se fue caminando, algo apesadumbrado, pensando en aquel relato olvidado.

Todos los que esperaban en la parada del autobús fueron testigos de que, cuando aquel hombre pensativo pasó ante ellos, repitió varias veces, en voz audible:

—¡Gracias, Yaiza, princesa!

No fue el hecho de que fuera hablando solo lo que más extrañó a aquellas gentes, sino el raro e intenso color dorado de la piel de aquel hombre.

(Este relato, que no es más que un deseo. Está dedicado a Yaiza, una pequeña amiga que, con seguridad superará su displasia de cadera, y para todos los niños que padecen enfermedades.

Cuando este relato estaba terminando de cocerse al calor del recuerdo, Ana, madre de la niña, que ya se dirigía a los dos años, me comentó que sólo usaba el arnés por las noches y ¡había aprendido a gatear!!)

¡GRACIAS, YAIZA, PRINCESA!



COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

JULIO VEREDAS

OBRAS:

- El plan de Albano (3ª edición)



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

AROA MARTÍN LÓPEZ

@im_psique



El intruso

En una situación en la que nunca pasa absolutamente nada, unas voces, que suenan más cercanas que de costumbre, hacen que me ponga en alerta: «Con cuidado, Martita...»

Hace mucho que nadie sube aquí, hemos dejado de existir para los demás. Llevamos encerrados en el sobrado no menos de 30 o 40 años; todos juntos, hacinados, a oscuras, relegados al olvido y lejos de toda vida cotidiana.

Las conversaciones provenientes de la planta habitable de la casa, la de abajo, nos llegan siempre mitigadas y, por otra parte, hace demasiado que dejaron de demandar nuestra atención. Antes, al principio, permanecíamos pendientes al paso del tiempo, contando los días que iban cayendo, pues hacia el 8 de diciem-

bre llegaba la fecha en la que subían al desván para bajar las cajas en las que permanecemos embalados el resto del tiempo.

Pero, de repente, un mes de diciembre la costumbre cesó. Recuerdo la decepción y el desconcierto que supuso esa primera vez que no subieron a por nosotros. No entendíamos qué había pasado, el porqué de ese abandono. Los años siguientes, aunque escépticos, aún manteníamos ciertas expectativas, pero, por la razón que fuese, apenas si volvieron a acceder al desván y, en ningún caso, si lo hicieron, fue para algo relacionado con el nacimiento.

Con cuidado, Martita. Espera a que suba yo primero y luego te ayudo. –El que las voces se perciban ahora más cercanas que de costum-

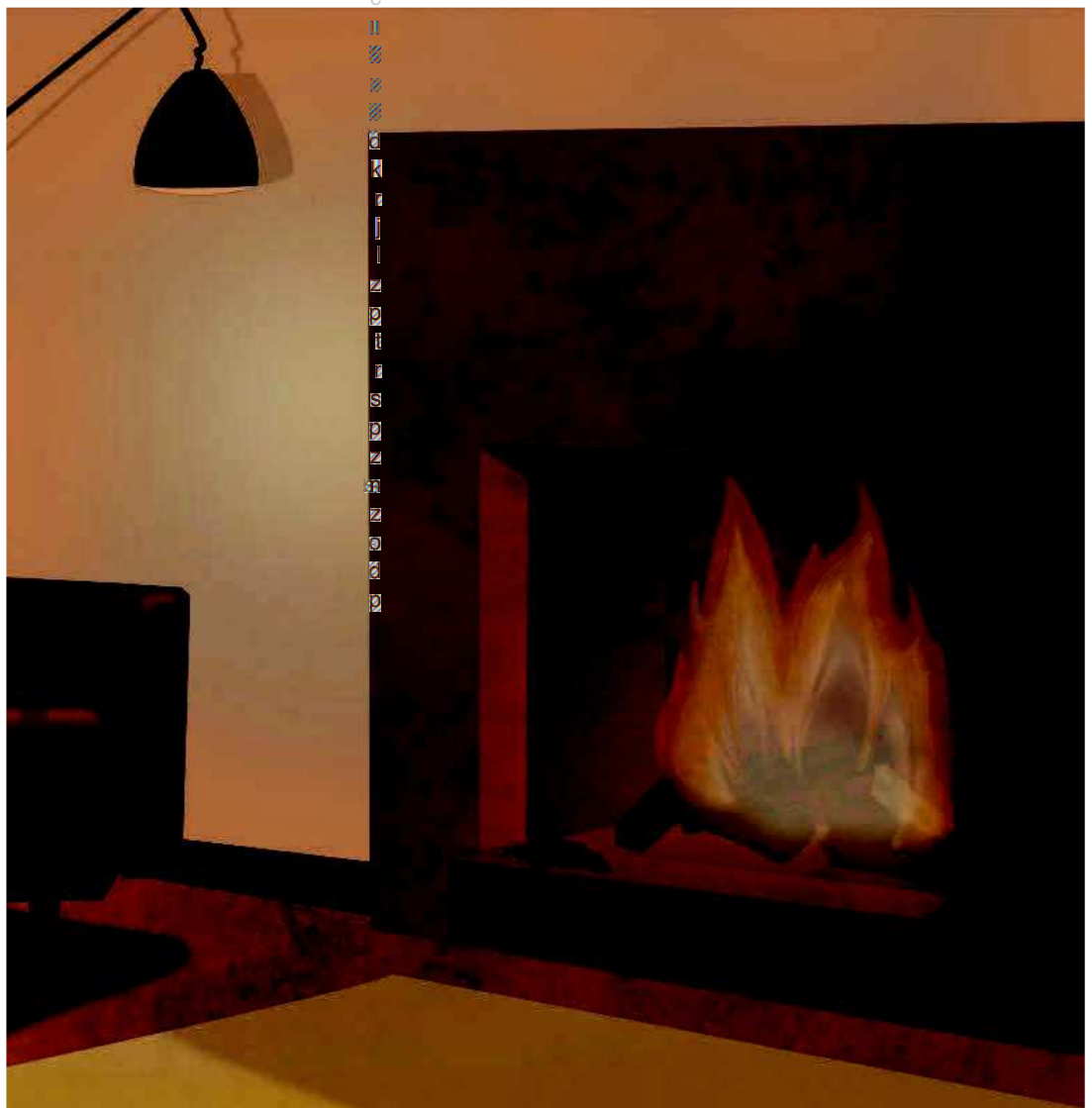
bre es la razón de mi alerta. Ahora escucho atento cómo manipulan la trampilla. Van a entrar.

- Pisa ahí y sube, ya casi estás. –Distingo sin ninguna duda, aunque más ajada, la voz de Ernesto, el padre.

- ¡Pero si es muy fácil, abuelo! ¿Ves? –Esta vez la que habla es una chiquilla que, aunque no he llegado a verla, estoy seguro de haber escuchado varias veces su voz en los últimos veranos. – ¡Qué de cosas abuelo!, ¿dónde están guardadas las figuras?

- Aquí, en este baúl, dentro de varias cajas. – La situación está meridianamente clara, después de casi toda una vida, vuelven a por nosotros.

El quejido de las bisagras del baúl denota su falta de uso.



- A ver, voy a abrir esta primero. ¡Qué figuras más chulas, abuelo! Mira este pastor con una oveja a los hombros... y todas estas ovejitas. Y mira esta otra, es una señora fregando.

- Sí –afirma el abuelo–. Luego, en el belén, habrá que hacer un río con papel de plata y ponerla junto a él. Cógelas con cuidado, que se pueden romper. Son de barro.

- Voy a abrir ésta ahora. –Un haz de luz me hace saber que esta vez le toca el turno a la caja en la que sigo expectante y aún tenso por la emoción. La cabeza de una niña de unos seis años, la de la mentada Martita, asoma luciendo una sonrisa de oreja a oreja y un brillo en los ojos que denota su ilusión. Al fondo, a su espalda, destaca otra cabeza, la de Ernesto, ahora mucho más mayor y, a tenor por el tratamiento que le acaba de dar la niña, ya abuelo. –Es el rey Gaspar, montado en un camello. ¡Qué guay!– concluye Martita.

Un primer vistazo más general a mi entorno me hace percibir la penumbra mortecina que siempre preside el desván. Sobre la pequeña claraboya del tejado, que ya de por sí deja pasar poca luz, se puede apreciar una fina capa de nieve.

- Voy buscar la caja en la que esté el Rey Baltasar –prosigue Martita–, que es el mío.

¡Ya estamos! Debería estar acostumbrado, pero no puedo con ello: otra que prefiere a Melchor o a Baltasar. No voy a dejar que el comentario lanzado por la mocosilla vaya a ensombrecerme el día. Me afaño en el trabajo y entrego regalos como el que más, pero nadie me prefiere. ¿No habrá entre toda la población alguien que, aunque sea por error, prefiera al rey Gaspar?

Ha pasado parte de la mañana y ya estamos desplegados por la estancia principal de la casa, fuera de las distintas cajas.

Aunque se aprecian varios cambios y una remodelación general, que seguro se corresponde con una serie de ruidos que se produjeron durante buena parte del último verano, la estructura principal del comedor resulta reconocible.

Lo primero que echo en falta es la gran cómoda. Esa en la que habilitaban un paisaje en su parte superior con sus montañas, su musgo, un camino elaborado con serrín, el río de plata y un sinfín de cosas más, para que adquiriésemos el protagonismo que, sin duda, nos merecemos. En su lugar hay una mesa desplegable que, una vez abierta, compruebo con alegría que hemos ganado en espacio.

Las figuras del belén, nada tenemos que enviar a esas otras figuras de adorno que se hallan dispersas por distintas alacenas y repisas, pues, aun estando presentes de continuo, pasan totalmente desapercibidas, como si no existieran.

La antigua alacena también ha sido sustituida por otra más moderna, si bien varias de los objetos que la poblaban antaño han sobrevivido a la mudanza: unos cuantos cacharros, alguna foto de familia y, cómo no, este horrible hórreo: un souvenir de plástico que a pesar del

lema «Recuerdo de Asturias» no dudan en incorporarlo al belén como si de otra figura más se tratara.

Varias horas después, todos los componentes del nacimiento lucimos de nuevo con todo nuestro esplendor.

A nosotros, los reyes, como es costumbre, al menos en esta casa, nos han situado en la parte posterior del nacimiento y supongo que, como en años anteriores, nos irán moviendo día a día, de tal manera que iremos avanzando por el belén hasta alcanzar la altura del portal el mismísimo día 24, Nochebuena.

- Papá, ¿podemos darle ya la sorpresa al abuelo?

- Sí, claro.

- Déjame lo que se lo doy yo. –Martita recoge un pequeño paquete de manos de su padre y se lo entrega al abuelo.

- Toma, ábrelo. A ver si te gusta.

Mientras Ernesto desemboza parsimoniosamente el regalo, Martita pega saltitos a su lado, a la vez que bate las palmas con tanta ansiedad como entusiasmo.

- ¿A que no sabes qué es?, ¿es para el belén!

Echo un vistazo con curiosidad a la figura que extrae el abuelo del papel y no doy crédito. ¿No tendrán pensado colocar eso en el belén? Se trata de una figura que, en posición de cucullas, lleva el pantalón por los tobillos a la par que muestra el culo.

- ¡Te gusta abuelo? Es un caganer.

¿Un caga qué? Lo que es, es un ultraje, una figura indecorosa y encima, vaya usted a saber, hecha de plástico o resina. ¡Vamos, un primor!

Estos días atrás, a medida que ganábamos posiciones en el nacimiento, me fui poniendo al día de los cambios que habían tenido lugar durante esos 37 años de ausencia. Llegué a tomar conciencia exacta del tiempo transcurrido porque un calendario en el comedor lo delataba: estábamos en el 2022.

También me enteré de la razón por la que en todo este tiempo nos habían tenido arrinconados en el desván. Pedro, el hijo de Ernesto, y ahora padre de Marta, había dejado de ser un niño y con ello les desaparecieron a todos las ganas de montar el nacimiento. Pedro, que había invitado cada año con orgullo a su grupo de amigos para que admirasen el belén, alcanzada cierta edad, se fue a estudiar, y más tarde a vivir, fuera del pueblo.

Tampoco tardé mucho en llegar a la conclusión de que, desde que nació Martita, solo habían venido al pueblo en verano porque en invierno la casa estaba demasiado fría. Al parecer el calor de la chimenea que hay en el comedor donde estamos no era suficiente como para calentar el resto de la casa y, sobre todo, las distintas alcobas que permanecían frías.

Para remediar esta situación, Ernesto abordó una remodelación y colocó un sistema de calefacción con radiadores por todas las estancias: ahora estaba toda la casa caldeada sin necesidad de encender la chimenea.

Martita había aprovechado los veranos para cosechar un buen ramillete de amigos en el pueblo. Estos días atrás, todos ellos han pasado por delante del nacimiento; al igual que antes lo hicieran los amigos de Pedrito. Hemos vuelto a recuperar la relevancia de antaño, pero algo ha cambiado. La situación es totalmente absurda: todas las nobles figuras del nacimiento que fuimos labradas artesanalmente, somos ahora postergadas por esa indecorosa figurilla. Esos mocosos están embobados con su presencia.

- Mirad esta, qué graciosa, ¡con el culo al aire! –soltó una voceilla.

- Sí, es verdad, ¡qué buena! –le secundó un coro que fue rematado por el asentimiento de

Martita–. Sí, esta es la mejor. Se llama caganer y allí en dónde vivimos, Barcelona, es la figura más famosa de cualquier belén.

¡Estos niños están pidiendo a gritos un saco de carbón para este año!

Los días han ido pasando. El hecho de que este año volviéramos a salir del baúl de una manera inesperada, supone que estas vivencias rescatadas estén siendo especialmente emotivas. Eso sí, con el borrón del intruso: «el cagón». Encima se queja, pues no nos dice que no se siente bien acogido, que le tenemos envidia porque todos le prefieren a él y que por eso le hacemos el vacío.

Vamos, que es lo mismo que una figura permanezca todo el rato haciendo pan, fregando o llevando un presente, como es mi caso, que el pasarse todas las navidades plantando un pino. Si le parece, mientras él ejecuta, le hacemos un corro con ola incluida. Que se lo pregunten al pastor que han situado a su espalda, se va a pasar todo un mes contemplando sus nalgas. ¡Vaya panorama!

Por fin hoy, a primera hora, nos han colocado a los reyes frente al portal. Sí, ya es 24.

- ¡Mami! –grita Martita–, esta tarde he quedado para pedir el aguinaldo por las casas de los vecinos. Me han dicho que se trata de cantar villancicos y que nos darán dulces y mucha pasta.

- ¡Qué bien, Marta!... Oiga, Ernesto, puede poner la calefacción que ya he ventilado hace rato y empieza a hacer frío –dice su madre cambiando de interlocutor.

- Pero si está puesta –le responde el abuelo a la vez que se levanta para comprobar la temperatura de uno de los radiadores y la posición del termostato–. Se debe haber saltado la caldera.

Al rato, Ernesto vuelve al comedor y comenta que no se ha saltado, sino que se debe haber roto.

- Pues llame corriendo al técnico. A ver si puede venir hoy mismo –le insta su nuera.

- Me temo que hoy va a ser imposible. Es sábado, y Nochebuena para más inri. Voy a poner la chimenea, por lo menos que esta parte esté caliente.

Hay una cosa que me tiene un poco descolocado, me parece haber entendido que esta noche viene alguien de la competencia a traer regalos. No lo he acabado de entender bien, por absurdo: dicen que entrará por la chimenea. Qué necesidad. Pues como hoy quede encendida podemos tener un espectáculo gratis.

La Nochebuena ya está a punto de concluir. Ha sido un buen día, como los de antes. Culminado con una cena para el recuerdo: mucho cariño, muchas viandas y, entre ellas, gran variedad de dulces.

La tarde también ha estado muy bien: los niños, con Martita a la cabeza, se pasaron a pedir el aguinaldo y cantaron un par de villancicos. Luego, a eso de las nueve, todos estuvimos atentos al televisor, no le quitamos el ojo al mensaje de nuestro colega. Bueno, de nuestro nuevo colega, el hijo del anterior rey. El mensaje ha sido muy parecido al que nos mandaba su padre, quizás este con un poco menos de orgullo y satisfacción, pero, por lo demás, igual. -Ala, Marta –la apremió su madre–. Vete a la cama que ya son las doce. Dentro de poco llegará Papá Noel y no querrás que te pille levantada.

- ¿No puedo quedarme un poquito más?... Bueno, vale –recapacité al momento–, pero tenéis que irnos vosotros también que, si no, no vendrá.

- De acuerdo, nosotros recogemos la mesa

y, dentro de cinco minutos también nos acostamos. Venga, dale un par de besitos a los abuelos y te acompaña a acostar.

- Ya mismo voy, pero antes tengo que hacer una cosa: como está estropeada la calefacción voy a coger al Niño Jesús del pesebre y lo dejaré en la chimenea, que está desnudito, el pobre, y va a coger frío.

Unos besos después, Martita se despide de todos y se va, acompañada de su madre, al dormitorio. Al rato vuelve con el pijama puesto. Al parecer, se le ha olvidado algo:

- He pensado que también voy a poner en la chimenea al caganer. Con el culete al aire, también puede pillar frío y ponerse malito.

Sí, una diarrea. Seguro

Voy a obviar detalles en esta narración del penoso espectáculo ofrecido por el patético personaje cuando accedió estrepitosamente al comedor a través de la chimenea. Tengo entendido que tiene doble personalidad, o algo así: a veces es Papá Noel y otras Santa Claus. Pues debió venir la segunda, que entiendo será la versión nocturna; al menos a mí, por lo discreto, me dio la impresión de ser un trans o un drag queen. ¡Vaya hechuras! Con su peculiar y moderado atavío fue desplazándose por el comedor con la forma grácil y sutil de una morsa en celo, tropezando, eso sí, con todo lo habido y por haber y sin parar de reír: ¡jo, jo, jo, jo... Feliz Navidad!

¡Menudo friki! ¡Grotesco!

Ya por la mañana, todo es alegría. Martita, apenas abre nerviosa un regalo, se precipita hacia el siguiente.

Una vez recuperada cierta calma, para poder desayunar, empiezan a recoger los regalos con sus paquetes y envoltorios que habían quedado desplegados por toda la sala.

- Mira, Martita, ¿has visto lo que ha pasado? –es su abuelo quien le pregunta con el dedo señalando la base de la chimenea.

Junto a los rescoldos, se encuentran la figura del Niño Jesús y una masa amorfa que ocupa el espacio donde Marta dejó al caganer.

- ¡Papá, papá! –grita Martita una vez que parece haber superado la sorpresa, pero manteniendo aún los ojos abiertos como platos–. ¡El caganer ha cagado y se ha marchado!

La pérdida ha supuesto un duro golpe que, el resto de las figuras del belén, no sé si lo podremos superar: «Se fue, pero su esencia quedará entre nosotros. ¡Que mierda de despedida!...», fueron algunos de los emotivos comentarios que suscitó su marcha.

Ahora es el abuelo quien explica a su nieta qué es lo que ha pasado: que la materia con la que están hechas las cosas tiene su importancia, que lo más barato no siempre es la mejor opción y, sobre todo, lo inoportuno que puede resultar el introducir ciertas novedades que no encajan bien en según qué tradiciones ya arraigadas.

Veo que en el semblante de Martita ha germinado la semilla de la sensatez que le acaba de inculcar su abuelo y que, a pesar de su corta edad, ha comprendido que el incorporar a esa figura en el belén fue un error, pues perturbaba el espíritu del nacimiento.

- Papá ¿has oído al abuelo? El año que viene el caganer tiene que ser de barro.

¡Por Dios, Martita! Pillas solo lo que quieres.

Bueno, será mejor centrarse en disfrutar estas navidades que acaban de comenzar y saborearlas minuto a minuto. Además, viendo cómo han envejecido los abuelos y lo acontecido cuando Pedrito pasó a ser Pedro, estaría bien, de cara a los años venideros, aceptar al camarada que nos traiga la mocosilla, aunque sea con la misma complacencia de quien acepta a un piojo como animal de compañía. Me comprometo a no dejar de gozar ni un instante durante las próximas navidades, no vaya a ser que también Martita algún año se nos convierta en Marta.

Desde que nació Martita, solo habían venido al pueblo en verano porque en invierno la casa estaba demasiado fría